

frente á frente con Napoleón sin haber sucumbido, causábale asombro tan inusitado triunfo y deseaba saborearlo antes de entregarse á nuevos riesgos. Las pérdidas sufridas, la insuficiencia de las fuerzas que le quedaban, el agotamiento completo de sus municiones, eran para él poderosas razones para esperar y gozar descansadamente el placer de aquel inesperado desenlace; y fuerza es reconocer que no faltaban consideraciones sensatas para alegar en favor de semejante conducta. Podía pensar, en efecto, que todo el tiempo que ganase era para él un beneficio; que el no haber perecido valía mucho batiéndose en su propio país, teniendo á su disposición los recursos y estando rodeado por todas las simpatías de la Alemania, que sólo esperaba una buena ocasión para levantarse. Podía pensar también que Napoleón, por el contrario, á tan inmensa distancia de sus fronteras, entre poblaciones enemigas, en una capital conquistada y por lo mismo rencorosa, manteniéndose sólo con el prestigio de ser invencible, necesitaba para sostenerse triunfos continuos y sobre todo acabar pronto para hacerlo con honor, que para el general francés pasar el Danubio era la condición indispensable de todo buen resultado definitivo, y que el habersele frustrado el pasaje era un revés, así en lo moral como en lo material; que por consiguiente, mejor era seguir oponiéndole el único género de obstáculos que hasta el presente le habían contenido y perseverar en una táctica que había salido bien, que ir á exponerse personalmente á sus golpes, arriesgando batallas dudosas é intentando un paso azaroso por más arriba ó más abajo de Viena. El archiduque Carlos podía hacer este cálculo, y lo hizo en efecto; cálculo prudente que hasta merecía aplauso si adoptando semejante plan le seguía en todas sus consecuencias y se empleaba el tiempo de descanso en reforzar el ejército austriaco, en hacer cada vez más dificultoso el paso del Danubio y en suscitar contra Napoleón aquellas resistencias de toda especie, que debían naturalmente surgir con la ventaja conseguida. Así al menos pareció quererlo hacer en los primeros momentos, esmerándose en defender con mayores fuerzas que nunca su posición delante de Viena, procurando aumentar las dificultades para todo paso ulterior del Danubio, reconcentrando todas las fuerzas posibles en aquel punto, dando al archiduque Juan la orden de incorporarse allí cuanto antes pudiese, y sobre todo cantando victoria en Alemania, escribiendo á todas partes que los franceses habían sido batidos y casi destruidos, hablando de treinta ó cuarenta mil muertos y heridos y de otros tantos prisioneros, de modo que ha ser ciertas aquellas especies no le habría quedado á Napoleón un solo soldado; hablando además de una inevitable y próxima retirada de los franceses hacia Lintz, Passau y Estrasburgo, y prometiendo finalmente á todos una emancipación segura y general si la Europa, y la Alemania particularmente, quería secundar al Austria con un solo esfuerzo. Felizmente para Napoleón, lo único que supo hacer bien el archiduque utilizando su victoria fué jactarse del triunfo obtenido, si bien no era de todo punto inútil, como veremos pronto, ni estéril vanidad el encarecer su obra sin coto ni medida.

Efectivamente, más tenía que temer Napoleón las consecuencias morales de la batalla de Essling que sus resultados materiales, porque en realidad aunque se le

hubiese frustrado, como dejamos dicho, el paso del Danubio prematuramente intentado, siempre conservaba, manteniéndose dueño de la isla de Lobau, la base para todo paso ulterior y había quitado más fuerzas al enemigo que él había perdido; pero los rumores que por Alemania, Francia y Europa toda iban á esparcirse sobre aquellas dos grandes jornadas, podían suscitar resistencias imprevistas y disminuir el ascendiente moral de que había menester para ser obedecido y para allegar todos los recursos de su imperio. Sin embargo, las ventajas que sus enemigos pudieran sacar de aquel último acaecimiento no le inquietaron más de lo regular: escribió á todas partes para rectificar la opinión, á fin de que las dos jornadas de Essling no fuesen interpretadas sino como era debido, y sobre todo tomó medidas vigorosas para reparar aquel descalabro, real ó aparente, y hasta para hacerle producir en lo venidero resultados inesperados y decisivos.

El primer peligro que había que precaver era que el archiduque Carlos hiciese una tentativa para pasar el brazo chico del Danubio é invadir la isla de Lobau. No lo temía Napoleón, siempre y cuando los cuarenta y cinco mil hombres que habían quedado con Massena en aquella inmensa isla no careciesen de víveres, municiones y vendajes. Su primer cuidado, como acabamos de decir, fué enviarles todo lo preciso en la misma noche del 21 y día siguiente, destinando á este objeto las barcas que quedaban del puente grande destruido, y así en treinta y seis horas tuvo Massena los cartuchos necesarios para contrarrestar toda tentativa de pasaje y galletas para preservar á sus soldados del hambre. La carne para aquella tropa de cuarenta y cinco mil cazadores iban á suministrarla los ciervos y corzos, tan abundantes en la isla de Lobau. De este modo, merced á los afanes de los pontoneros, que á pesar de la extraordinaria crecida del Danubio y de los enormes cuerpos flotantes cuyo choque había que evitar no cesaron de trabajar en aquella penosísima traslación, arrojando los mayores peligros, el ejército tuvo cuanto necesitó para defenderse y mantenerse.

El segundo peligro que había que precaver inmediatamente era la posibilidad de que pasara el enemigo el río hacia Presburgo, única contingencia que Napoleón creía probable por ser la que exigía menos atrevimiento. Pero para precaverlo era menester haber antes vencido una gran dificultad: haber restablecido el puente del brazo grande, aunque no fuese más que provisionalmente, porque sin él el mariscal Davout corría peligro de tenérselas que haber con el archiduque Carlos, sin más fuerza que dos de sus divisiones y las tropas de la guardia y de la caballería pesada que aún no habían pasado el Danubio. La tercera división del mariscal Davout, que era la de Morand y que había quedado entre Saint-Polten y Viena, había de hacer falta para contener la capital mientras las otras dos peleasen. Verdad es que este enérgico lugarteniente del emperador había respondido con su cabeza de que con veinticinco ó treinta mil hombres contendría á cuantas fuerzas enemigas asomasen por el lado de Presburgo, y bien podía confiarse en que el inflexible vencedor de Awerstaedt cumpliría su promesa; pero la posición de todas maneras era inmensamente crítica, y convenía en sumo grado tener cuanto antes restablecidas las comunicaciones entre la

orilla derecha y la isla para que el ejército pudiese en caso necesario reunirse todo completo en aquella margen. Ocupóse sin descanso Napoleón en conseguirlo, aunque sabía en qué estado había dejado al ejército austriaco al retroceder á la isla, y á pesar de que su consumada experiencia de la guerra y del carácter de su adversario le hiciese conocer que después de dos jornadas como las de Essling no era de temer inmediatamente una tercera. Los marinos de la guardia, trasladados de Boloña á Estrasburgo y de aquí á Viena, acababan felizmente de llegar, y se los empleó en activar el restablecimiento de las comunicaciones. Tomaron esta tarea con su acostumbrado celo y habilidad, y cruzando sin descanso el Danubio, ya para transportar municiones, ya para desviar y contener los cuerpos flotantes que lanzaba el enemigo, ayudaron á vencer los obstáculos que presentaba aquel inmenso río, rápido como un torrente y espacioso como un brazo de mar. Mientras se reconstruía el puente empezó á pasar en barcas parte de la infantería de la guardia, de la isla de Lobau á Ebersdorf. El 25, por medio de pontones que habían servido para pasar el brazo chico y de barcas recogidas en el río, conseguimos establecer un puente que, aunque no enteramente seguro para emprender una operación ofensiva, presentaba la solidez suficiente para una retirada que podía verificarse en intervalos sucesivos. A medida que iban pasando destacamentos á la orilla derecha, se hallaba el mariscal Davout más en estado de repeler cualquier tentativa hacia Presburgo; pues por lo tocante á la isla, ya no era de temer fuese atacada no habiéndolo intentado el enemigo el 23 ó el 24.

Después de la guardia se hizo que pasase la división de Demont, y en seguida la caballería ligera, que convenía enviar de descubierta por los contornos de Presburgo; luego la caballería pesada, y por último el cuerpo de Lannes completo, que desde la herida mortal de su general había pasado bajo las órdenes de Oudinot y no podía estar en mejores manos. Terminado el paso de estas tropas el día 27 de mayo, no había ya nada que temer, porque tenía el mariscal Davout á su disposición sesenta mil hombres por lo menos y no ofrecía por lo tanto probabilidades de buen éxito ninguna tentativa del archiduque Carlos contra la orilla derecha. Envió Napoleón á Lasalle y á Marulaz hacia Haimburgo con nueve regimientos de caballería para observar cualquier amago que pudiera venir de Presburgo y frustrarlo, ya fuese el ejército del archiduque Carlos, ya meramente los sublevados de Hungría, que comenzaban á reunirse y tomar cuerpo. Dirigió á Montbrún sobre Edemburgo, á la parte opuesta del lago de Neusiedel, para que observase los caminos de Hungría é Italia, por donde podía asomar el archiduque Juan huyendo del príncipe Eugenio. No cesó el general Lauristón de mantenerse en Bruck con los bávaros y la caballería del general Bruyere para darse la mano con el príncipe Eugenio internado en los caminos de la Estiria. Colocó Napoleón, como ya lo había hecho, la caballería pesada á retaguardia para sostener á la caballería ligera. Por último, el mariscal Davout con las dos divisiones Friant y Gudin, la división Demont, el cuerpo entero de Oudinot y la guardia, es decir, con cincuenta ó sesenta mil hombres, estaba en Ebersdorf dispuesto á caer sobre el archiduque Carlos por cualquier punto que asomase.

Resolvió Napoleón llevar á Viena más fuerzas todavía, y juzgando que los bávaros bastarían para defender su país, no sólo por la parte de las montañas del Tirol sino también hasta el Danubio, mandó al mariscal Lefebvre que enviase una división bávara á Lintz para substituir á la división de Dupás y á los sajones, que custodiaban aquel punto bajo las órdenes del mariscal Bernadotte. El general Vandamme quedó con los wurtembergueses en Krems, y Bernadotte con sus diez y ocho mil hombres recibió la orden de avanzar sobre Viena para aumentar la acumulación de fuerzas sobre la capital. El cuerpo de Massena, que no hemos mencionado en esta enumeración, quedó todo entero en la isla de Lobau para defenderla, puesto que, á pesar del uso á que se la acababa de destinar, seguía siendo el punto más favorable para pasar el Danubio. En sus profundos cálculos había ya Napoleón encontrado el medio de servirse de ella de una manera tan nueva, que, aunque el enemigo estuviese advertido por una tentativa anterior, padeciese un inevitable engaño. Había imaginado que así para reunir y emplear los materiales necesarios como para dar tiempo á que llegase la estación del descenso de las aguas, tendría que esperar un mes, y que sólo á fines de junio ó principios de julio podría dar el golpe decisivo que pusiese fin á la guerra. Ese tiempo era cabalmente el que necesitaba para recibir sus refuerzos, organizar más completamente su línea de operaciones y conducir á Viena el ejército del príncipe Eugenio. Dedicóse, pues, á disponer la ejecución de sus diversos planes con serenidad imperturbable, con increíble actividad y con la misma actitud altiva que hubiese podido tomar después de conseguir una gran victoria.

Ocupóse primeramente en preparar materiales. Viena abundaba en maderas; mandó que se buscasen, se eligiesen y se llevasen á Ebersdorf. Los jornaleros carecían allí de trabajo: resolvió utilizarlos, pagándoles con papel moneda austriaco, de que estaban atestadas las arcas públicas, que eran ya nuestras. Llevó á la isla de Lobau constructores, y aun los hizo ir de Francia en posta, y les mandó hacer barcos de todas formas y dimensiones con arreglo á un plan de que daremos noticias en el lugar oportuno; últimamente, sin perder un solo día, dictó las siguientes órdenes para la reorganización del ejército. Como había tenido cuidado de que los depósitos estuviesen llenos, ya valiéndose del alistamiento anticipado de la conscripción de 1810, ya por medio de un nuevo llamamiento de las clases anteriores, podía sacar de allí los anteriormente alistados, seguro de que los últimos llamados habían de reemplazarlos. Mandó por lo tanto se encaminasen á Estrasburgo todos los reclutas ya instruidos, reuniéndolos en batallones de marcha con los números de las divisiones militares donde estaban situados los depósitos. Pero aún tenía un medio más seguro de proporcionarse inmediatamente hombres ya formados, que era sacarlos de las medias brigadas provisionales que había organizado en el Norte, en las fronteras del Rhin y aun en Italia, componiéndolas de cuartos y quintos batallones. Así lo hizo en efecto, y sacó de ellas numerosos refuerzos para los cuerpos de Massena, Oudinot y Davout, enviando los unos directamente á sus regimientos é incorporando los otros en los regimientos á que no pertenecían de planta. Ya en otra ocasión había Napoleón recurrido á este último arbitrio:

siguió empleándolo por la urgencia de las circunstancias, y lo aplicó á tres regimientos que habían vuelto de Portugal hacia un año y quedado en las costas de Bretaña, donde se habían provisto abundantemente de bisoños. Sacó de ellos de tres á cuatro mil hombres perfectamente instruidos, los cuales, incorporados en otros regimientos, podían servir para reforzar á aquellos cuyos depósitos carecían de reclutas. De este modo designó de veinte á veinticuatro mil infantes que debían sacarse de los depósitos de Francia, y de seis á ocho mil de los de Italia. Iguales medidas adoptó para la caballería, la cual tenía en sus depósitos recursos considerables porque hasta entonces se había sacado poca gente de ellos, y mandó dirigir numerosos escuadrones de marcha del Rin al Danubio. Esmeróse en remontarla, porque aún había perdido más caballos que jinetes, y prescribió la formación de dos depósitos, uno en Baviera, con objeto de comprar caballos alemanes para la caballería pesada y mediana, y otro en Hungría con el fin de proporcionarse ganado propio para la caballería ligera. Ocupóse finalmente y con particular esmero en aumentar su artillería. La del enemigo le había causado en Essling tanto daño, que para reforzar la suya creyó deber recurrir á un ensayo que luego hizo desechar la experiencia, cual fué dar á la infantería cañones servidos por los mismos regimientos por medio de hombres excepcionalmente instruidos en el manejo de esta arma. Decidióse á adoptar este arbitrio la dificultad de sacar artillería de los depósitos en número suficiente y en tiempo oportuno, sin embargo de que su tacto superior se le habría hecho rechazar en cualquier otra circunstancia, porque era bien fácil prever que en cuanto á armas especiales nada puede suplir á una larga instrucción, y que la infantería no podría jamás cuidar aquella como lo hacía un cuerpo exclusivamente dedicado á su servicio. Resolvió dar doscientas bocas de fuego á la infantería, sobre la base de cuatro á cada regimiento, destinando á este uso las piezas de menor calibre, como por ejemplo las de tres y cuatro. Quiso además dotar á la reserva de artillería de la guardia con ochenta y cuatro cañones en vez de sesenta, sacando de Italia y Estrasburgo las compañías de artillería que necesitase. De este modo confiaba proporcionarse setecientas piezas, masa formidable que suponía unas cuatro piezas por cada mil hombres y excedía de todas las proporciones hasta entonces admitidas. Estos diversos llamamientos iban á proporcionarle cerca de cuarenta mil hombres de Francia é Italia en el término de uno ó dos meses: refuerzo que compensaba con exceso las pérdidas sufridas, y del que en rigor no era preciso echar mano para dar una batalla decisiva por cuanto llegaba ya al campo el reemplazo pedido después de la toma de Ratisbona, pero que, sin embargo, ponía á Napoleón en estado de continuar la guerra cualesquiera que fuesen las alternativas.

Además de cuidar así de los diversos cuerpos del ejército, atendió Napoleón á la guardia imperial. Tenía consigo los granaderos y cazadores que componían la guardia veterana, y los fusileros y tiradores que componían la nueva. Había mandado organizar los reclutas, que según dejamos dicho sacó, no precisamente de entre la gente escogida del ejército, sino de entre los más aventajados mozos del reemplazo. Dos regimientos de estos reclutas, uno de granaderos y otro de cazadores,

se hallaban en Augsburgo llenando dos objetos, el de instruirse y el de servir de reserva contra los movimientos del Tirol y de Suabia. Hizo Napoleón dirigir sobre Viena los dos regimientos que estaban en Augsburgo, y hacia Augsburgo los dos que estaban en Estrasburgo formándose. De este modo la reserva de Augsburgo no se disminuía. Interesaba esta reserva mucho á Napoleón por lo que pudiera ocurrir á sus espaldas de resultados de la sensación producida por las jornadas de Essling. Componíase de los destacamentos enviados para completar el ejército y que hacían en Augsburgo estadas sucesivas, del 65 reorganizado después del perance que había sufrido en Ratisbona, así con reclutas como con los prisioneros canjeados del mismo cuerpo, y por último de seis regimientos provisionales de dragones, formados con los terceros escuadrones de los regimientos que servían en España. Las medias brigadas provisionales que no tenían que disolverse para completar el ejército, se reunían con el mismo objeto en Wurtzburgo, Hanao y Maguncia. Con la misma eficacia con que atendía á la reorganización del 65 en Augsburgo, cuidaba Napoleón en Italia de la reforma del 35 sorprendido en Pordenone é ilustrado por su noble abnegación en aquel malhadado reencuentro. Confiando poder sacar de los depósitos de Italia de siete á ocho mil hombres con el material de guerra correspondiente, merced á las disposiciones que había tomado, envió al general Lemarois á Osopo para que dirigiese todos aquellos movimientos de fuerzas y pertrechos, persuadido de que no habiendo un jefe especialmente consagrado á llevarlos á efecto, suelen descuidarse los objetos más esenciales, y á veces un olvido que parecía insignificante es causa de una gran catástrofe. Recordando que ya en el Tirol le habían quitado una columna de reclutas, mandó dirigir las nuevas columnas, de cuatro mil hombres por lo menos, por un general de brigada y por el camino de Carintia, que era el mismo que debía haber tomado el príncipe Eugenio al marchar sobre Viena.

Efectivamente, el príncipe Eugenio llegaba por este camino y el efecto moral de su incorporación con Napoleón iba á neutralizar la mala impresión producida por las jornadas de Essling en los ánimos prevenidos, que daban crédito á nuestros reveses sólo porque los deseaban. El virrey había tomado la vía de Carintia en persecución del archiduque Juan, y el general Macdonald la de la Carniola en pos de Ignacio Giulay, ban de Croacia. Esta persecución había continuado durante los días transcurridos, antes y después de la batalla de Essling, con la misma ventaja para los franceses y las mismas pérdidas para los austriacos.

Llegó el príncipe Eugenio el 16 de mayo á la entrada de los desfiladeros de los Alpes Cárnicos, delante del fuerte de Malborghetto, que impedía el paso á la artillería, mientras el archiduque Juan campaba al opuesto lado en la posición de Tarvis. Entramos á la bayoneta el pueblo de Malborghetto y nos contentamos con bloquear el fuerte que nos cerraba aquellas gargantas. La infantería y la caballería pasaron adelante para caer sobre Tarvis, adonde llegaron sin artillería á vista de los austriacos que la tenían muy numerosa. Era forzoso salir de aquel mal paso que podía ser para nosotros crítico, y lo consiguió el príncipe Eugenio haciendo un esfuerzo digno de memoria. Al cabo de haber girado mucho

en torno del fuerte de Malborghetto, descubrimos una posición en la que logramos levantar una batería de algunos cañones; después de haber batido bien el fuerte resolvimos asaltarle á pesar de las dificultades que ofrecía su construcción, y lo conseguimos merced al arrojo de las tropas, que, arrojando una lluvia de metralla, escalaron aquella fortificación enteramente regular sin más pérdida que unos ciento ó doscientos hombres. Llenos de coraje los nuestros con la gran dificultad que habían tenido que vencer, pasaron á cuchillo á muchos de sus desgraciados defensores, hicieron á los demás prisioneros y enarbolaron la bandera francesa en la cima de los Alpes Cárnicos. Esta arrojada acción tuvo lugar el 17 de mayo. El mismo día avanzamos sobre Tarvis con la artillería, para la cual ya no había obstáculo alguno: los austriacos, que nos juzgaban sin artillería, trataron de defender las escarpadas orillas del Schlitzza; pero los desengañó en breve la metralla que hicimos llover sobre ellos y el verse impetuosamente acometidos por nuestras tropas, llenas de arrojo con las ventajas conseguidas. Perdieron tres mil hombres y quince cañones. En aquella misma sazón el general Serás, destacado por el camino de Cividale, tomaba el fuerte de Prédel con el mismo ímpetu y el mismo éxito.

El archiduque Juan, perseguido con tanto ahinco, ya no podía tomar el Austria superior, como al principio se propuso con arreglo á la orden que había recibido, cuando se había creído posible rendir á los archiducos sobre Lintz ó sobre Saint-Polten antes de llegar á Viena. Como por la misma rapidez de su marcha había tomado el ejército francés los caminos del Tirol y del Austria superior, al príncipe austriaco no le quedaba otro partido que el dirigirse hacia Hungría, donde tenía probabilidades de prestar todavía útiles servicios, ya reforzando al archiduque Carlos, ya impidiendo la reunión del ejército de Alemania con el príncipe Eugenio y con los generales Macdonald y Marmont. Esto último era lo más adecuado á su inclinación á aislarse y á conquistar en la actual campaña una gloria aparte; pero su hermano el generalísimo, deseoso de que todo conspirase á la acción principal, era de opinión contraria, y quería que el archiduque Juan fuera á situarse detrás del Danubio en Presburgo, dejando á los sublevados húngaros y al ban Giulay el cuidado de tener ocupado al príncipe Eugenio y á los dos generales mencionados. Vacilante, pues, el archiduque Juan entre sus deseos personales y las instrucciones recibidas de su hermano, retiróse á Gratz para esperar allí las nuevas órdenes que había solicitado. Habiendo perdido cerca de quince mil hombres en aquella campaña y dado al ban Giulay de diez á doce mil, apenas le quedaban otros quince mil al marchar hacia Gratz. Pero contaba con varias anexiones para hacerse con un nuevo ejército. Imaginándose que podría ya sacar muy poco de los tiroleses después de la acción de Wörgel, creyó deber desviar del Tirol al general Chasteler que en él se había encerrado con cerca de nueve ó diez mil hombres, y al general Jellachich refugiado en el mismo país con ocho ó nueve mil, y mandó á ambos que se abriesen paso por el ejército del príncipe Eugenio cayendo de improviso sobre su vanguardia ó retaguardia para desembocar por Leoben sobre Gratz. Suponiendo que estos dos generales dejaran algunos destacamentos en el Tirol para servir de apoyo

á los insurrectos, podían conducir á Hungría unos quince mil hombres, que, agregados á las fuerzas que á él le quedaban, formarían un cuerpo excelente de cerca de treinta mil combatientes. Con los diez ó doce mil de Giulay, los sublevados de Hungría y Croacia y unos cuantos batallones del landwehr, esperaba proporcionarse todavía un total de cincuenta á sesenta mil hombres, y poder mantener el campo ocupando á todas las fuerzas francesas de Italia y Dalmacia.

Era esta una ilusión de las muchas que había alimentado el archiduque Juan durante esta campaña; ilusión que suponía vencidas todas las dificultades que había que vencer para ejecutar tantas anexiones diversas, en presencia de las fuerzas del príncipe Eugenio y de los generales Macdonald y Marmont. En efecto, mientras el príncipe austriaco se retiraba hacia Gratz enviando á los generales Jellachich y Chasteler la orden de que se le incorporasen, el príncipe Eugenio, á quien urgía reunirse con Napoleón sobre Viena, había marchado sobre Leoben por la carretera que del Friul desemboca por la Carintia y la Estiria sobre el Austria inferior. El general Jellachich, atemperándose á las órdenes que había recibido, había dejado el Tirol apresuradamente é intentado deslizarse por entre el ejército francés de Italia, ocultándose en las gargantas de las montañas para espiar el momento favorable. Llevando consigo nueve mil hombres, bien podía arrollar á cualquiera vanguardia ó retaguardia y bajar después sobre Gratz. De este modo llegó el 25 de mayo, tres días después de la batalla de Essling, á la posición de San Miguel, más acá de Leoben, mientras el príncipe Eugenio se hallaba un tanto á la derecha por la parte de Gratz, adonde se había dirigido para observar la marcha del archiduque Juan hacia la Hungría. Pronto las patrullas de caballería significaron á unos y á otros el reencuentro que se preparaba; y Jellachich, separado del archiduque Juan por el príncipe Eugenio, no tuvo medio de esquivar la acción. Tomó posición en las alturas de San Miguel, cerca de Leoben, lisonjeándose de que en aquel ventajoso punto podría sostenerse contra fuerzas infinitamente superiores. Pero el ejército del príncipe Eugenio, que después de haber destacado al general Macdonald no bajaba de unos treinta y dos ó treinta y tres mil hombres y que además estaba en época de fortuna, mal podía detenerse ante un cuerpo de la tercera parte de su fuerza. Había que atravesar un río y que trepar después por las montañas para llegar á los nueve mil hombres de Jellachich: todo se hizo con extraordinario denuedo á pesar de los fuegos de fusilería y de metralla, y Jellachich derrotado perdió en unas cuantas horas cerca de dos mil hombres entre muertos y heridos y cuatro mil prisioneros. A duras penas consiguió, dispersándose su gente en todas direcciones y favorecido por un país enteramente devoto del Austria, salvar tres mil hombres, que condujo hacia Gratz, donde se hallaba el archiduque Juan.

La anexión del general Chasteler, que no podía llevar consigo arriba de cinco ó seis mil hombres después de dejar destacamentos en el Tirol, y que debía encontrar el camino de Carintia y de la Estiria definitivamente ocupado por los franceses, era todavía mucho menos hacendera. El archiduque Juan veía, pues, sus fuerzas reducidas á unos diez y ocho mil hombres á lo sumo

después de la reunión de las reliquias del general Jellachich, y aún no sabía qué vendría á ser del ban Giulay, el cual con su destacamento y las levadas de la Croacia tenía que habérselas con los generales Macdonald y Marmont. Juzgando que sería prudente aproximarse á Hungría, puso una guarnición en la fortaleza de Gratz y se dirigió hacia el Raab, esperado siempre las órdenes de su hermano el generalísimo y dejando al príncipe Eugenio victorioso marchar sobre Viena, adonde iba á llegar sin impedimento alguno una vez que el destacamento del general Lauristón se hallaba en Bruck para darse con él la mano. Reconociéronse en efecto las avanzadas francesas en las cercanías de Bruck, abrazáronse, y quedó consumado el acto importantísimo de la reunión de los ejércitos de Italia y Alemania.

No había sido menos feliz la marcha del general Macdonald por la vía de Udino á Laybach con los diez y seis ó diez y siete mil hombres que se le habían confiado. Había pasado el Isonzo, bloqueado el fuerte de Prévald, que se le había rendido con sólo esta operación, y desembocado sobre Laybach haciendo prisionero de guerra á todo un batallón que había encontrado en el camino. Entretanto uno de sus destacamentos ocupaba á Trieste. Llegado que hubo á vista de Laybach, después de haber hecho muchos prisioneros, encontró el general Macdonald un espacioso campo atrincherado, construido á todo coste, y defendido por una numerosa columna de tropas que hacía su expugnación casi imposible. Vacilaba Macdonald sobre si asaltaría ó no la posición con las fuerzas que llevaba, temiendo cercenarlas demasiado en una tentativa infructuosa y no poder ya después sostener el campo; y ya iba á pasar adelante en su premura por reunirse con el príncipe Eugenio, cuando el comandante enemigo le brindó aterrado con una capitulación. Aceptó Macdonald, hizo en virtud del convenio unos cuatro ó cinco mil prisioneros, ocupó las excelentes fortificaciones de Laybach y tomó otra vez la vuelta de Gratz, donde esperaba encontrar al grueso del ejército de Italia. Llegó allí el 30 de mayo, después de haber atravesado felizmente una extensa comarca y precedido de siete á ocho mil prisioneros cogidos en Prévald, en Laybach y en el camino. Detúvose en Gratz esperando órdenes del virrey y envió patrullas por los caminos de la Carniola con objeto de proporcionarse noticias del general Marmont, el cual, sin embargo, con los diez mil soldados escogidos que llevaba, nada tenía que temer de las tropas del ban Giulay ni de las partidas de los sublevados que andaban diseminadas por su mismo camino.

Con esta anexión, que le proporcionaba cerca de cuarenta y cinco ó cincuenta mil hombres de refuerzo, y unos quince ó diez y ocho mil todo lo más al enemigo, tenía ya Napoleón un medio seguro para desquitarse de las jornadas de Essling. Deseoso de que su hijo adoptivo lavase el borrón que había podido echarle encima la malhadada jornada de Sacila, holgándose de poderle premiar por sus victorias durante su marcha de Verona á Leoben, y con el objeto de dar realce á las preciosas ventajas que debían resultar de la reunión de todos los ejércitos franceses, redactó una brillante orden del día en que pagó un justo tributo de elogios al ejército de Italia y expuso sus distinguidos hechos de armas, con cierta exageración, que sin embargo no distaba

demasiado de la verdad, puesto que desde la jornada de Verona, entre el príncipe Eugenio y el general Macdonald habían arrebatado al enemigo veinte mil hombres por lo menos, entre muertos, heridos y prisioneros (1), por cuatro ó cinco mil que habían ellos dejado en el camino, heridos ó cansados.

Suponiendo que el príncipe Eugenio pudiese suministrar treinta mil hombres efectivos sobre las armas y quince mil el general Macdonald, sin contar con el general Marmont á quien en caso necesario podía dejarse en Estiria ó en Hungría, iba á agregarse al ejército francés sobre Viena una fuerza de cuarenta y cinco mil hombres, ó de cuarenta mil por lo menos. Reunidos con los cien mil que había de proporcionar la incorporación del mariscal Davout, del mariscal Massena y del general Oudinot, de la reserva de caballería, de la guardia imperial y de los sajones, iba Napoleón á tener á su disposición, aun antes que llegaran los refuerzos pedidos, la enorme masa de ciento cuarenta mil hombres, muy suficiente para dar una batalla decisiva allende el Danubio. El archiduque Carlos no se hallaba en situación de poder reunir tantas fuerzas ni de tan buena calidad, aunque hubiese tenido el arte, que por cierto no tenía, de concentrar sus fuerzas el día de la batalla, como era seguro que lo sabría hacer Napoleón en el momento oportuno. Tenía, pues, el francés el medio de acabar la guerra en cuanto hubiesen terminado sus inmensos preparativos para pasar el Danubio. Resuelto no obstante á no aventurar nada ahora, no quería dar esta acción última y decisiva hasta que por un lado quedase removido el capital obstáculo del Danubio con obras de infalible solidez; y por otro el príncipe Eugenio y los generales Macdonald y Marmont estuviesen prontos á coadyuvar directa ó indirectamente á las operaciones sobre Viena.

A este objeto iban encaminadas todas las instrucciones dadas al príncipe Eugenio, á quien, desde que le tuvo consigo dirigió como á un hijo ó como á un discípulo cuyos talentos ansiaba poner en evidencia, y cuya cooperación tenía impaciencia de aprovechar en los grandes acontecimientos que se preparaban. «Ahora tienes que proponerte varios objetos, le escribía en una serie de cartas admirable: el primero es llevar á cabo la persecución del archiduque Juan, á fin de que no quede á la derecha del Danubio ni en la frontera de Hungría partida ninguna que pueda molestarnos mientras maniobramos en torno de Viena; el segundo es reducir á ese príncipe, acorralándole contra el Danubio, á pasar el río por Komorn más bien que por Presburgo, de modo que siendo el arco que describe el más extenso posible, tenga menos probabilidades que tú de hallarse presente en la próxima batalla; el tercero es separar al

(1) Así tiene que ser forzosamente para que pueda explicarse y justificarse el aserto de los narradores austriacos, los cuales sólo dan doce mil hombres al archiduque Juan al llegar á Gratz, cuando había seguramente más de cuarenta mil bajo los muros de Verona. Con el destacamento del ban Giulay sólo se quedaban unos veinte ó veinticinco mil entre todos. No hay, pues, exageración en el cómputo que hacemos de sus pérdidas después de haber atenuado considerablemente los informes del príncipe Eugenio y del general Macdonald: informes en que por lo demás transpira una recomendable modestia, formando singularmente contraste con las ampulosas narraciones de los generales austriacos. (N. del A.)

archiduque Juan de Chasteler, de Giulay y de todo aquel que pudiese aumentar sus fuerzas, mientras tú por el contrario te reunas con Macdonald y Marmont; el cuarto últimamente es ocupar el Raab, que desaguando en el Danubio cerca de Komorn forma una barrera que puede servir de amparo contra la Hungría, apoderándose para esto de la plaza de Raab, que domina al río del mismo nombre hacia su embocadura, y de la ciudadela de Gratz que le domina cerca de su nacimiento; de modo que esa línea puede defenderse con unos cuantos destacamentos dejados en ella, mientras el ejército de Italia, ocultando su marcha, forme bajo los muros de Viena una de las alas del grande ejército.» Tales eran los principales encargos confiados por Napoleón al príncipe Eugenio. Como objetos accesorios le encargó que se aprovechase, ó hiciese aprovechar al grande ejército, de los cuantiosos recursos de la Hungría, en granos, forraje, ganados, caballos, pertrechos y medios de navegación.

Para la ejecución de estos designios le recomendó Napoleón que después de conceder algún descanso á sus tropas, dejase destacamentos en Klagenfurth y en Leoben á fin de conservar expedito el camino, y se dirigiese luego sobre Edemburgo, al Oeste del lago de Neusiedel, donde debía encontrar al general Lauristón con los badenses y la caballería de Colbert y de Montbrún, lo cual le iba á proporcionar un refuerzo de tres mil infantes y cuatro mil caballos; que en seguida se encaminase al Raab, extendiese sus reconocimientos hasta el otro lado del río para saber con firmeza qué marcha seguía el archiduque Juan, y que después de bien informado maniobrara siempre con la mira de poner á este príncipe entre el mariscal Davout, que se hallaba hacia Presburgo, y el ejército de Italia, á fin de impedir que cayese sobre Macdonald ó sobre Marmont; que tuviese sus fuerzas reunidas para poder disponer de treinta mil hombres, y de treinta y seis mil con Lauristón, cuando volviera á encontrarse con el archiduque Juan; que activase la expugnación de la ciudadela de Gratz y la reunión de Macdonald y Marmont; que vigilase cuidadosamente sus espaldas para sorprender á Chasteler como había sucedido con Jellachich á la salida del Tirol; que dirigiese á Viena ó enviase á Osopo todos los enfermos y heridos y los que no podían volver á las filas; que hiciese grandes acopios de víveres, enviase á medio camino de Viena los arcones vacíos del ejército de Italia para que el parque general volviese á llenarlos de municiones; y por último, que estuviese siempre pronto á dar nueva batalla al archiduque Juan, ó á concurrir con los generales Macdonald y Marmont á la última y grande acción que iba á tener lugar á la margen del Danubio contra todas las fuerzas reunidas de la monarquía austriaca. Encargó además Napoleón al príncipe Eugenio que tratase con consideración á los húngaros si se mostraban pacíficos y benévolos con los franceses, y que de lo contrario les hiciese sufrir las consecuencias comunes de la guerra; esto es, que mantuviese sus tropas á sus expensas, aunque tratándolos siempre con menos dureza que á los austriacos.

Los húngaros en efecto merecían más miramientos, porque no demostraban á los franceses la misma animosidad que los demás súbditos de la casa de Austria.

Aunque hubiesen más de una vez dado pruebas de adhesión á esta casa, sin embargo sufrían coacción de ella y miraban á Napoleón como representante de la revolución francesa, que tantas simpatías les había inspirado. Había cundido por todo el país cierto vago rumor de que Napoleón trataba de emancipar á la Hungría lo mismo que á la Polonia, y los hombres de ánimo inclinado á la novedad le habían mostrado cierta predilección, independiente de la admiración que su prodigiosa carrera inspiraba á todo el mundo. Sin embargo, las instancias del archiduque Palatino, la presencia de la corte y la acción que ésta ejercía sobre la más alta nobleza, habían neutralizado las influencias contrarias y la Hungría se había levantado á la voz de los archiducos, aunque, según informes, menos por entusiasmo que por cálculo. Suponíase que su verdadero objeto había sido eximirse, so pretexto del levantamiento en masa, de las contribuciones regulares de sangre y de dinero que indudablemente habría tenido que pagar si se la hubiese tratado como á las demás provincias de la monarquía; y verdaderamente lo habría logrado si tal era, porque con el levantamiento en masa no suministró más que unos veinte mil hombres, entre ellos siete ú ocho mil de caballería noble, y los demás de mala infantería, compuesta de alemanes que los nobles pagaban para que hiciesen sus veces en las filas de la insurrección.

Conociendo Napoleón estas dudosas disposiciones, dirigió á los húngaros proclamas amistosas, prometiéndoles la independencia lograda la paz, y durante la guerra la exención de toda clase de tributo si renunciaban á tomar contra él las armas; y aunque con tales proclamas no logró separarlos de la causa austriaca, sin embargo su celo por aquel gobierno se entibió mucho y se mostraron dispuestos á recibir á los franceses con menos hostilidad.

A este estado de cosas hacían referencia las instrucciones dadas por Napoleón al príncipe Eugenio, acerca de la Hungría. Eran estas instrucciones prudentísimas, como todas las instrucciones militares que casi diariamente dirigía al joven príncipe. Siguiólas éste, como veremos, lo mejor que pudo atendida su capacidad y con corta diferencia tan bien como podía desearlo el mismo Napoleón, según el resultado general de la campaña.

Establecido en Neustadt, y luego en Edemburgo á principios de junio, á pocas jornadas de Viena y en la frontera misma de Hungría, había el príncipe Eugenio hecho descansar á su ejército y aproximado entre sí los varios cuerpos de que se componía, y se había reunido con los generales Lauristón, Colbert y Montbrún. Fiel al plan que Napoleón le había trazado, emprendió en busca del archiduque Juan, procurando ponerle entre el mariscal Davout y el ejército de Italia, con el objeto constante de impedir que cayese sobre los generales Macdonald y Marmont. Sabedor de que el mencionado archiduque estaba en Komorn, en el Raab superior, esperando las nuevas órdenes del generalísimo, marchó sobre Guns, y luego sobre Stein am-Ánger, para alcanzarle y batirle. Al propio tiempo avisó al general Macdonald de su posición y de sus proyectos, para que éste se le incorporase lo más pronto posible. El general Macdonald se había quedado en Gratz esperando al